

## “Localismos desafortados”

**Hernán Reyes Aguinaga**

La historia supone el conocimiento del pasado para comprender el presente y las expectativas de futuro. ¿Qué sucede cuando el “conocimiento” y la “verdad” históricos están vinculados al poder y sólo lo legitiman? La Historia no sólo es una cuestión para eruditos y académicos, sino que sirve como mecanismo básico para la educación cívica, constituye un elemento clave para la construcción de ciertas identificaciones e identidades sociales, ayuda significativamente a crear una mentalidad que nos permite imaginarnos e imaginar –así como valorizar o desvalorizar- a los “otros”. Hace poco apareció un texto llamado “Historia de Guayaquil”, dirigido a estudiantes de esa ciudad, en el cual se hacen afirmaciones poco serias y hartamente cuestionables: fantasías paroxísticas sobre el mito milenarista del “Gran Guayaquil” (“lugar paradisiaco, “nuevo Edén” bíblico) sobre la antigua cultura Valdivia (“la madre de todas las culturas americanas”), sobre la Junta de Beneficencia de Guayaquil (“la más noble y efectiva institución ecuatoriana al servicio de las clases necesitadas del todo el país”)y , claro está, sobre el 9 de octubre de 1820 (supuestamente la primera, única, exitosa y verdadera revolución independentista). La crítica histórica de Roger Chartier reveló que los escritos históricos siempre implican alguna forma de ficción y de intriga por lo que –retomando a Veyne- declaraba que explicar la historia “no es más que develar una intriga”. Historia e intrigas revelan la frecuente subordinación de ciertas interpretaciones históricas hacia los intereses de las élites y poderes locales. En el citado texto, la ficción histórica llega a niveles insospechados: hasta Simón Bolívar es grotescamente retratado como un ser egoísta y abusivo – lo que le vale ser incluso insultado como “dictador asesino” y “traficante de armas” en un acto público-. De él se toma descontextualizadamente una peligrosa referencia regionalista: “los quiteños y los peruanos son la misma cosa: viciosos hasta la infamia y bajos hasta el extremo (mientras) los guayaquileños son mil veces mejores”. ¿Acaso es esto lo que se quiere inculcar a los estudiantes? Esta “historia” recuerda los “efectos de verdad” de otro best seller de corte ultraliberal -“Las costumbres de los ecuatorianos”, escrito por Osvaldo Hurtado-, donde aparecen un arsenal de “imágenes negativas” sobre algunos lugares y poblaciones del Ecuador – sobre todo serranas e indígenas- y en cambio decenas de elogios para “los sentimientos de independencia, libertad y dignidad que animaban el carácter de los montubios” e interminables loas para la imagen de Guayaquil ante cultos ojos extranjeros. Al libro sobre Guayaquil el alcalde Nebot lo llama “páginas llenas de verdad”. En él abundan los adjetivos que refuerzan un guayaquileñismo dogmático y agresivo. ¿Rimbombantes peroratas para recomponer las bases para una mentalidad separatista? ¿Justificación ideológica del arrebatado intento por cambiar el nombre de un malecón, comparando a un personaje histórico incuestionado con un político local polémicamente recordado?